

EL PUÑAL DE MARTICA*

Joaquim Maria Machado de Assis

¿QUERÉIS VER LO QUE SON los destinos? Escuchad. Ultrajada por Sexto Tarquinio, una noche, Lucrecia resuelve no sobrevivir a la deshonra, aunque antes denuncia al marido y al padre la alevosía de aquel huésped, y les pide que la venguen. Ellos juran vengarla y buscan liberarla de su aflicción diciéndole que solo el alma es culpable, no el cuerpo, y que no hay crimen donde no hubo aquiescencia. La honesta joven cierra sus oídos al consuelo y al raciocinio, y, tras sacar el puñal que traía escondido, lo clava en su pecho y muere. Ese puñal podía haberse quedado en el pecho de la heroína, sin que nadie más supiera de él; pero, arrancado por Bruto, sirvió de estandarte para la revolución que hizo caer a la realeza y concedió el gobierno a la aristocracia romana. Esto bastó para que Tito Livio le diera un lugar de honor en la historia, entre enérgicos discursos de venganza. El puñal se convirtió en un clásico. Por su doble carácter de arma doméstica y pública, sirve tanto para exaltar la virtud conyugal como para dar fuerza y luz a la elocuencia política.

Bien sé que Roma no es la Cachoeira, ni las gacetas de esa ciudad de Bahía pueden competir con historiadores de genio. Pero es eso mismo lo que deploro. Esa parcialidad de los tiempos, que solo recogen, conservan y transmiten las acciones elogiadas en los buenos libros, es lo que me entristece, por no decir que me indigna. Cachoeira no es Roma, pero el puñal de Lucrecia, por más digno que sea de los encomios del mundo, no ocupa tanto lugar en la historia como para que no quede un rincón para el puñal de Martica. Entre tanto, veréis que esta pobre arma va a ser consumida por el óxido de la oscuridad.

Martica ciertamente no es Lucrecia. Me parece hasta, si bien entiendo una expresión del diario *A Ordem*, que es exactamente lo

* Traducción de Mario René Rodríguez y Néstor Mauricio Solano.

contrario. “Martica (dice este) es una muchacha menudita, además moderna y muy conocida en esta ciudad, de donde es natural”. Si es joven, si es natural de la Cachoeira, donde es muy conocida, ¿qué quiere decir moderna? Naturalmente quiere decir que hace parte de la última leva de Citera. Esta condición, en lugar de perjudicar el paralelo de los puñales, le da mayor realce, como vais a ver. Por otro lado, conviene notar que si bien las personas se contraponen, existe una coincidencia en el lugar: Martica vive en la calle del Pagano, nombre que recuerda a la religión de la esposa de Colatino. Las circunstancias de los dos actos son diversas. Martica no dio posada a ningún joven de sangre regia o de otra cualidad. Andaba de paseo, de noche, un domingo del mes pasado. El Sexto Tarquinio de la localidad, llamado cristianamente Juan, con el apellido de Limero, agredió e insultó a la joven, irritado naturalmente por sus desdenes. Martica se resguardó en su casa. Nueva agresión, en la puerta. Martica, indignada, pero aún prudente, le dijo al impertinente: “No se acerque o lo rajo”. Juan Limero se acercó, ella le dio una puñalada que lo mató instantáneamente.

Tal vez esperarais que ella se matara a sí misma. Esperaríais lo imposible y mostraríais que no me entendisteis. La diferencia entre las dos acciones es precisamente la que va del suicidio al homicidio. La romana confía la venganza al marido y al padre. La cachoeirense se venga por sí misma y, notad bien, se venga de una simple intención. Las personas son desiguales, pero es forzoso decir que la acción de la primera no es más valiente que la de la segunda, dado que esta última cede a tal o cual sutileza de motivos, natural de este siglo complicado.

Dicho esto, ¿en qué es inferior el puñal de Martica al de Lucrecia? No es inferior, sino que hasta cierto punto es superior. Martica no profiere una frase de Tito Livio, no acude a João de Barros, denominado el Tito Livio portugués, ni a nuestro João Francisco Lisboa, gran escritor de igual valía. No quiere cenefas literarias ni ensaya actitudes de tragedia, no hace aquellos gestos oratorios que la historia antigua pone en sus personajes. No, ella dice simple e incorrectamente: “No

se acerque o lo rajo”. La palmeta de los gramáticos puede castigar esa expresión; no importa, el *lo rajo* tiene un valor natal y popular que vale por todas las bellas frases de Lucrecia. Y además, ¡qué eufemismo más conmovedor! Rajar por matar; no sé si Martica inventó ese uso, pero, fuera ella u otra la autora, es un descubrimiento del pueblo, que no echa mano de tratados de retórica y sabe más, algunas veces, que los retóricos de oficio.

A pesar de todo eso, acción arrojada, defensa propia, sencillez de palabra, Martica no verá su puñal en el mismo conjunto de armas que los tiempos resguardan del óxido. El puñal de Carlota Corday, el de Ravailac, el de Booth, todos esos e incluso otros harán la corte al puñal de Lucrecia, lustrados y listos para la tribuna, para la disertación, para la palestra. Al de Martica se lo llevará la corriente del olvido. ¡Así son las cosas de este mundo! ¡Así es la desigualdad de los destinos!

Si, por lo menos, el puñal de Lucrecia hubiera existido, ¡bueno!; pero tal arma, ni tal acción, ni tal injuria existieron jamás; todo no es más que pura leyenda que la historia introdujo en los libros. La mentira usurpa así la corona de la verdad, y el puñal de Martica, que existió y existe, no logrará ocupar un lugarcito al pie del de Lucrecia, pura ficción. No le tengo aversión a las ficciones, las amo, creo en ellas, me parecen preferibles a las realidades; no por eso dejo de filosofar sobre el destino de las cosas tangibles en comparación con las imaginarias. Gran sabiduría es inventar un pájaro sin alas, describirlo, hacer que todos lo vean y terminar creyendo que no existen los pájaros con alas... Pero no hablemos más de Martica.

La semana, 5 de agosto de 1894